

R



NUEVO SIGLO

NUEVO SIGLO

REVISTA UNIVERSAL ILUSTRADA DE CIENCIAS, LITERATURA,
ARTES, CONOCIMIENTOS ÚTILES, VIAJES, AVENTURAS, CURIOSIDADES, PASATIEMPOS
NOVEDADES, ETC., ETC.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ESPAÑA	
Un semestre.	4 ptas.
Un año.	7.50

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ULTRAMAR	
Un semestre.	8 pt.
Un año.	15

NUESTROS PROPOSITOS

La fe en los destinos del nuevo siglo á cuya aurora tenemos la dicha de asistir, nos mueve á compartirlos en la esfera de la prensa, tratando de hacer algo que esté en relación con lo que habrá de ser el siglo xx.

Pensamos, por lo tanto, dar testimonio de que hay mucho *nuevo* que realizar, y á eso venimos. Esta revista que hoy empieza á ver la luz tratará de ser científica al par que literaria, literaria al par que científica. La conveniencia de que todos sepan de todo pues esa es la tendencia, hija de la necesidad, se verá atendida en estas páginas en la medida de nuestras fuerzas, habiéndonos asegurado para el caso la colaboración de gran número de notables hombres de ciencia, literatos y publicistas de nuestro país y el extranjero, incluyendo en este concepto, aunque en lugar aparte, las Repúblicas americanas de lengua española.

El NUEVO SIGLO está destinado á satisfacer las aficiones de los amantes del progreso, y á *hacer* lo que otros *proponen*. El ansia de instrucción es hoy universal, y de ahí que en todos los países, incluso el nuestro, se

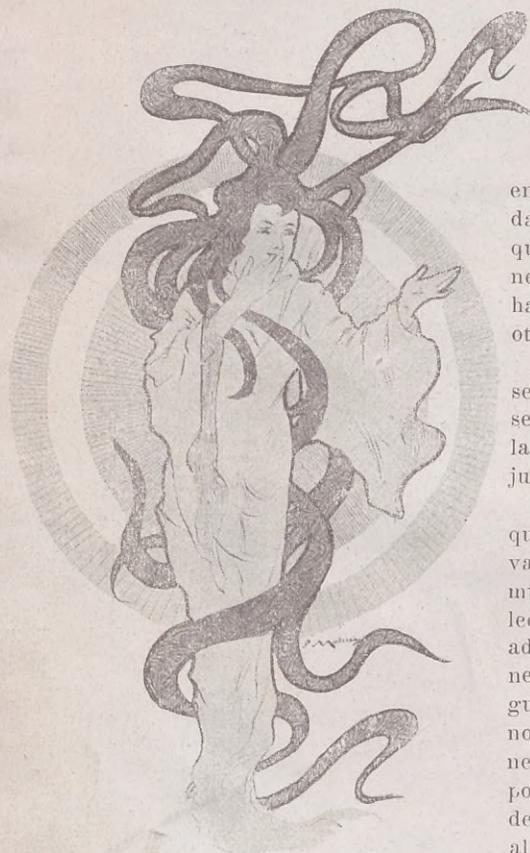
procure su difusión por los más diversos medios: conferencias y universidades populares, periódicos, revistas, bibliotecas económicas, ateneos obreros, etc. etc. El NUEVO SIGLO aspira á ser un factor en esa generosa expansión de cultura, y se propone aportar su grano de arena á la *idea* popularizando las invenciones, descubrimientos, adelantos, novedades, reformas, creaciones, aplicaciones nuevas, noticias, etc. etc. que ocurran en el campo de las letras, las artes y las ciencias. De ahí que pueda y debe interesar lo mismo al artista que al escritor, al mecánico que al naturalista, al poeta que al geógrafo. Será como un centinela avanzado, ansioso siempre de *información*, en cuyas páginas habrá de verse, con mucha anticipación, lo que después publiquen otros órganos de la prensa.

La variedad de materias competirá con la galanura del estilo, según expresamente tienen encargado nuestros colaboradores, por ser esta la primera necesidad de toda obra de *vulgarización*, pero la belleza, gracia, ingenio ó humorismo de la forma en nada perjudicará la solidez, exactitud é importancia del fondo.

Dicho esto cúmplenos dirigir nuestro cordial saludo al público que no vacilamos en asegurar habrá de comprender nuestro levantado propósito para secundarlo. No venimos á adormecerle, ni mucho menos á *embrutecerle* con chocarrerías, estupideces, malas lecturas y peores *ilustraciones* (!), sino á satisfacer sus ansias de adquirir conocimientos y atesorar nociones útiles *aplicables* á las necesidades de la vida y á las exigencias profesionales; pero no á guisa de dómynes, ni de pedantes, ni de sabihondos, sino tratándonos con él *de tu á tu*, haciendo amable la ciencia, insensible la penetración de la doctrina; erigiéndonos, hasta donde pueda ser posible, en *educadores populares*, de tal manera que el obrero, el desprovisto de *título*, el simple curioso, el avisado *práctico* consiga allegar tantos y más conocimientos que los que *se supone* poseen bajo el pabellón de un diploma, los que salen de las aulas de nues-

tras llamadas Universidades y Escuelas Superiores.

Y sea nuestro otro saludo á la Prensa, llamada en España á ser la *única* salida de las aspiraciones, enseñanzas, saber y cultura del país. La Prensa, en efecto, tiene que hacerlo todo en nuestro país, ya que no lo hacen los demás. Los servicios que presta á la civilización nacional son inapreciables, sin par, y por lo mismo aprovechamos esta coyuntura para rendirle al par que el tributo de nuestra admiración el testimonio de nuestro afecto, no ambicionando más que mostrarnos dignos de compartir con ella su labor y sus esfuerzos en pro del país. Y dicho esto, vamos á empezar con entusiasmo, que jamás decaerá, y con el convencimiento de trabajar por la buena causa, nuestras asiduas tareas.



EL CARNAVAL



LA REINA DEL COTILLÓN

que sale uno apostando á que nadie le hará reir, por más que haga, siendo el caso que rara vez deja el tal de ganar la apuesta, lo cual dice mucho en favor de la fuerza de voluntad del retador. Por lo demás, no es menester que ningún predicador vocifere contra el Carnaval, pues sin necesidad de retórica va éste más de capa caída, á cada año que transcurre, lo cual no es precisamente ninguna desgracia.

Ya lo dijo, en efecto, nuestro malogrado *Figaro*: «Todo el año es Carnaval; todo el mundo, es máscaras.» Vivimos, en España sobre todo, en Carnaval perpetuo, siendo general la costumbre de disfrazarse uno de lo que no es: el bueno de malo; el malo de bueno; el sabio de tonto y el tonto de sabio; el rico de pobre y el pobre de rico; el necio de discreto y el discreto de necio. Es una flaqueza nacional, que lo mismo afecta á las personas que á los sucesos. Aquí se califican de magníficos triunfos las derrotas, de pujanza la debilidad, de oro la hojadelata, de genio la imbecilidad. Mentra tiene por suyos estos andurriales, y la diosa *Mistificación* campa aquí por sus respetos.

No vamos á hacer aquí ningún alarde de erudición barata hablando de los orígenes del Carnaval en las *Lupercales* romanas, etc., etc. Queremos, sí, hacer constar que el Carnaval moderno, en nuestra España y en la vecina Francia, deriva evidentemente del Carnaval italiano, con sus Arlequines y Colombinas, más ó menos disimulados bajo el traje de los *Pierrots* y las *Pierrettes*. El Carnaval español castizo tiene por tipos al *mascarón*, envuelto en sucias esteras, ó al *emplumado*: los demás son postizos. Otro tipo, si bien este, más que nacional, es provincial está representado por *el Diablo*.

En algunas partes de Andalucía se observa una costumbre singular, y es



COLOMBINA

Un drama bajo el Terror

I

UN GRITO EN EL CAMINO DE SAUMUR

¡Dios mío! ¿Qué era aquello?

El hombre que pasaba por la carretera de Saumur se detuvo bruscamente en su marcha, oprimiendo el nudoso y formidable bastón que llevaba en la mano, y cuyo puño consistía en un pequeño busto de Platón con la cabeza cubierta por un gorro frigio.

De repente, resonó un grito angustioso en medio del silencio; la voz era seguramente de mujer; parecía provenir de una antigua casa de paredes grises situada á la orilla del camino; todas las ventanas estaban cerradas, y el tejado sobresalía muy poco de la cerca que rodeaba el edificio.

En cuanto á nuestro viajero, era un hombre alto, ancho de hombros; llevaba levita de montar azul con muchos botones, camisa muy fina, elegante corbata de lazo y botas altas.

La carretera estaba desierta siempre después del anochecer, pues cruzaba el Campo de Marte fuera de la ciudad, y además porque había pocas casas y muy separadas una de otra.

A su izquierda, el viajero divisó las rojizas luces de «la negra» Angers; pero ni un alma viviente; á su derecha extendíase la llanura, solitaria y misteriosa. Un viento fresco, que llegaba del Loira, arremolinaba la hojarasca hasta los pies del viandante y alrededor de la solitaria casa, que era la última del camino.

El tiempo,—era la época del Terror,—la hora, la soledad, y tal vez sus propias reflexiones, influyeron seguramente para que el grito que acababa de oír produjera la más profunda impresión en su ánimo, y aunque era hombre de valor, se alegró de que se siguiera el silencio.

—Bien mirado, nada me importa,—murmuró,—continuando hacia la ciudad, pero antes de que hubiera dado cuatro pasos, volvió á resonar el mismo grito más angustioso que la primera vez, y se oyeron con toda claridad las palabras «¡Socorro, socorro,

socorro!» Como la voz era de mujer, el viajero no vaciló ya más; retrocedió hasta la casa, vió una maciza puerta entornada, empujóla y penetró en el jardín, casi oscuro ya.

Allí vió frondosos árboles, cuya densa sombra aumentaba la oscuridad, un césped muy fino, suave como una alfombra, cubría el suelo, y varias estatuas, que en aquel instante semejaban blancos espectros, parecían indicar opulencia en aquella casa. De improviso, un rayo de luz, filtrándose por un postigo entornado de la ventana, iluminó un ángulo del jardín. El viajero se inclinó sobre su bastón, adelantóse silenciosamente algunos pasos y al llegar á lo alto de la gradinata que conducía al ingreso, examinó á través de una puerta vidriera el

interior del aposento en cuanto era posible. Apenas fijó en él la mirada, sus ojos expresaron la sorpresa y el asombro; se caló el sombrero hasta las cejas, y acercándose un poco más observó.

Por su apariencia exterior, según había notado antes, la casa parecía ser residencia de una familia burguesa, y en su construcción predominaba la eterna pizarra del distrito, que comunica á la ciudad de Angers su sombrío aspecto; pero la habitación que veía ahora estaba decorada con la mayor elegancia, casi con mag-

nificencia. Desde luego se reconocían allí el buen gusto y el lujo parisiense; la magnífica alfombra, la sillería dorada, los brillantes espejos, y hasta la lámpara de bronce, de un trabajo exquisito, que iluminaba aquella sala, constituían un conjunto que recordaba el esplendor de una corte, y que hubiera sido digno del palacio de Versailles.

En la habitación había tres personas, y á no ser por el grito que antes había resonado, cualquiera hubiera creído que estaban en buena armonía y que representaban alguna comedia, porque su actitud era algo dramática.

Un caballero venerable, temblando violentamen-



te y echado sobre los almohadones de un sofá, tenía la mano extendida como para preservarse de un peligro; mientras que una joven, pálida hasta la lividez, pero de extraordinaria belleza, hallábase delante de él en actitud de defenderle.

Tan radiante era la hermosura de aquella mujer, que el recién venido quedó maravillado al fijar en ella sus ojos.

Después, mirando con más atención vió en el salón un tercer personaje, cuyo reconocimiento le produjo la mayor sorpresa; una sonrisa de soberbio desdén entreabría sus labios, y su rostro tenía una expresión de dureza. Aquel individuo, un *aristócrata*, un *petímetre*, que eso era, y más aun, vestía una casaca de seda amarillenta, chaleco bordado, medias azules y blancas, y botas de montar, las cuales golpeaba á cada momento con su látigo mientras miraba á sus compañeros con burlona sonrisa.

Su rostro hubiera podido ser agraciado, á no ser por su palidez y su expresión cinica y descarada á primera vista; tenía los labios delgados, la nariz aguileña y el conjunto de las facciones, en fin, revelaba al hombre vicioso y libertino.

—¡Oh, oh! *señor marqués*,—murmuró en voz baja el extranjero, parece que continuas siendo lo que siempre fuiste, un bribón; pero te aseguro que de una vez para siempre voy á darte una lección para que no perturbes más la felicidad doméstica ni atentes contra la virtud.

Y levantando su bastón el desconocido tocó con la punta el marco de la vidriera, señal comprendida sin duda perfectamente por el joven que al punto se levantó con aire de inquietud dirigiéndose alarmado hacia la ventana.

El extranjero volvió á dar otro golpecito: entonces el joven se acercó aunque con evidente repugnancia, y abrió la puerta vidriera que conducía al jardín, cuya oscuridad se disipó á la viva claridad del salón. El desconocido entró después de pedir permiso y volvió á cerrar la puerta que le había dado paso.

—Señorita,—dijo saludando cortesmente,—desde el camino he oído gritar pidiendo socorro, y aquí estoy para servirlos.

Tan repentina había sido la entrada del extranjero, que la joven, aunque tenía las manos levantadas en ademán de súplica, no acertó á pronunciar una palabra; pero el joven de la casaca amarilla, al ver á un hombre solo, recobró su serenidad y mirando al intruso con insolencia le dijo:

—Este es un asunto de familia, y ese caballero tendrá la bondad de retirarse, puesto que no tiene derecho para entrar aquí; pero,—repuso luego cambiando de tono con insolencia,—como os habéis permitido proceder con la mayor grosería, me daréis una explicación. Decid vuestro nombre, caballero.

—El marqués de Ventlier se contentará con que no se lo diga,—contestó el desconocido con acento displicente,—y la señorita me dispensará si no me

descubro mientras estéis aquí. Os conozco muy bien, marqués, y también vos á mí, puesto que habéis comprendido la señal que hice. Por lo pronto os *rogaré* que salgáis de una casa donde estéis ocasionando un disgusto.

—¡Retírame yo!—gritó el marqués con voz ahogada.—Esto es intolerable.

Pero el desconocido, sin hacer caso de estas palabras abrió la puerta vidriera, y acercándose al joven señaló la oscuridad de la noche, y le dijo algunas palabras en voz baja. Al oírlas, el *aristócrata*, sin embargo de estar poseído de cólera, cogió su capa y salió.

Cuando el extranjero hubo oído el ruido de la puerta del jardín al cerrarse, volvió hacia el caballero anciano y la joven, descubriéndose cortesmente



para saludar, y dirigiéndose junto á la puerta vidriera hizo ademán de retirarse. Entonces el anciano y la joven pudieron ver que aquel hombre tenía una expresión grave y simpática; era difícil adivinar su edad, pero sus ojos revelaban tan buenos sentimientos, que al punto inspiró confianza á las dos personas que le miraban.

—No creo que ese hombre vuelva á molestaros más,—dijo el extranjero tranquilamente,—pero vivís en un sitio demasiado solitario y estamos en tiempos peligrosos, sobre todo para los que conservan sim-

patias al antiguo régimen. Al decir esto, en voz muy baja, dirigió una mirada muy expresiva á un gran retrato de Luis XVI colgado sobre la chimenea. La joven le comprendió y contestó al punto con viveza:

—El señor tiene razón; pero mi padre quiere que se coloque ahí ese retrato todas las noches á pesar de mis advertencias. Algo me dice que puedo hablaros con franqueza, y por lo tanto os confesaré que pertenecíamos á la corte, pues mi padre tenía el honor de ser peluquero del malogrado rey.

El anciano suspiró profundamente.

—No es posible,—dijo,—borrar del corazón el recuerdo de las tradiciones de la vida.

El desconocido suspiró también, y ante un ade-



mán sin duda involuntario de la joven, cerró la puerta vidriera y tomó asiento.

—No nos denunciáis,—dijo la joven,—porque vuestro rostro revela que sois bueno, y por lo tanto os confesaré que somos realistas y estamos en peligro. Mi padre es ahora el ciudadano Chevalure, y yo soy su única hija: me llamo Julia. Ese monstruo de quien nos habéis librado nos conoció en los días felices y ahora busca la riqueza de mis padres persiguiéndome con promesas tan falsas como su vil corazón. Me amenaza con revelar á la Asamblea donde nos ocultamos si no me caso con él dentro de una semana. Aunque noble de nacimiento se ha declarado en favor de la República, y con esto lo sabéis todo.

El extranjero contemplaba con admiración la hermosura de la joven; pero, al fin, contestó lentamente con expresión grave:

—He conocido al ciudadano marqués en París, y ya os he dicho que no debéis temerle más; si tuviese el atrevimiento de volver, lo sabré muy pronto, y yo

mismo le denunciaré, en cuyo caso no se si librará de la muerte.

Padre é hija miraron al extranjero con asombro preguntándose quien seria su protector.

El anciano tembló; pero la joven no experimentó temor alguno; aunque aquel hombre hubiera sido Danton, Marat ó el mismo Robespierre en persona, le infundia confianza y no sintió recelo alguno. Bien se veía que era bueno.

—¿No podríamos saber á quien debemos estar agradecidos?—preguntó la joven.

El desconocido palideció al contestar.

—Todo cuanto me es posible deciros,—contestó,—es que tengo algún poder y estáis en salvo.

—¿Y no volveréis á vernos?—preguntó la joven ruborizándose.

—Esta casa estará siempre abierta para vos,—dijo el caballero anciano, apoyando sus manos en el sofá para levantarse.

—Volveré,—contestó el desconocido, más bien á Julia que á su padre.

Y saliendo por donde habia entrado, retiróse el misterioso personaje.

II

EL CABALLERO DE VENTLIER SE RIE

Durante dos semanas, en un periodo en que la sangre de jóvenes y viejos corría á rios en casi todas las ciudades de Francia, la casa del peluquero permaneció tranquila, y todas las noches, el anciano daba un paseo por la carretera de Saumur.

En el transcurso de aquel periodo de incertidumbre y continuos temores, el desconocido volvió á la casa del peluquero á intervalos algo frecuentes, y siempre con la tristeza pintada en su rostro. Aunque algunas veces estaba sólo con Julia, nunca le habló de amor.

—Mañana me indicará algo,—se decia la joven,—ó acaso hable á mi padre para pedirle mi mano.

Pero los días pasaban sin que el forastero sollicitase la menor cosa. El hombre misterioso se contentaba con sentarse á su lado y contemplarla; en su conversación solia hablar tan solo de los acontecimientos políticos y de los males de la época.

El Tribunal Revolucionario acababa de establecerse, al fin, en la sombría ciudad de Angers, y comenzaba su obra terrible. En la cárcel habia más de veinte presos, y el pueblo se regocijaba ya con el futuro espectáculo.

—¡Ah!—decían algunos,—el pobre hombre ha perdido su amigo al fin, pero mejor es salir de penas de una vez.

La noche siguiente, el forastero se presentó tan pálido y descompuesto en la casa del ciudadano Chevalure, que Julia le cogió involuntariamente por el brazo, diciéndole con timidez:

—¿Habéis estado enfermo? ¿No me diréis, al fin, quien sois?

—Contestaré,—respondió,—á la primera pregun-

ta que tengo una enfermedad *hereditaria*, pero en cuanto á la segunda, no puedo satisfacer vuestra curiosidad. Confíad, sin embargo, en que os libraré de todo mal en cuanto me sea posible, hasta que vuelvan días más felices.

Al retirarse el desconocido, el peluquero le salió al encuentro en el patio, y conduciéndole á una habitación, le entregó una carta silenciosamente.

Al leerla, el extranjero palideció.

—¿Ha visto la señorita esta carta?

—No.

—Bueno, pues no digáis nada; yo veré lo que se ha de hacer.

Y guardando el papel en su bolsillo se alejó murmurando:

—¡Dios me ayude! *Yo lo hacia todo por amor á ella.*

Al día siguiente, al pasar por el puente que, cruzando el Mayena une las dos ciudades de Angers, el marqués de Ventlier vió al hombre misterioso que le había sorprendido en la casa del peluquero, y acercándose á un centinela, le preguntó:

—¿Quién es ese hombre, ciudadano?

El soldado miró en la dirección que se le indicaba y como si compadeciese la ignorancia del ciudadano marqués, le contestó en voz baja.

—¡*Imposible!*—replicó el aristócrata.

—Pues no hay más; desde hace dos semanas está desempeñando aquí su cometido, por orden de la República Unica é Indivisible.

El marqués de Ventlier, riéndose de aquella contestación, se fué á pasear por la ciudad, deseoso de encontrar á su misterioso adversario; mas cansado de buscarle inútilmente, se retiró á su domicilio. A la mañana siguiente á eso de las once, un piquete de guardias nacionales cercó la casa del aristócrata, y varios hombres armados le sorprendieron en su lecho, junto al cual un escribano le leyó la siguiente sentencia:

«Juan Camilo Mario Ignacio, titulado en otro tiempo marqués de Ventlier, queda detenido, bajo la acusación de haber estado en correspondencia con la proscrita familia Capeto».

III

MADAME GUILLOTINA

—¡Oh! Julia,—decía el desconocido á la hermosa joven,—estamos al borde de un precipicio; una palabra no más, y nuestro sueño se desvanece. ¡Si supiérais!... Pero otro día os diré la palabra que no puedo pronunciar ahora. ¡Huiremos por la frontera dejando para siempre este vil país de espías y regicidas!

—Mi padre me ha dicho,—replicó la joven,—que

el marqués será guillotinado mañana; y ahora quisiera saber que palabras le dijisteis en voz baja la primera noche que tuve el gusto de veros aquí.

—Voy á deciroslo,—contestó el forastero.—Hace tiempo se tramó una conspiración para poner en libertad al rey; pero fracasó. En ella habia tomado parte el marqués y todos sus amigos, á quienes yo conocia. Todos habian convenido en una señal que tenia por objeto anunciar un peligro cualquiera, y todos se avinieron también en reconocerla siempre que la oyesen sin preguntar nada.

El desconocido no añadió que habia denunciado al marqués por amor á Julia, y para preservarla de las asechanzas del joven.

—Julia,—dijo con voz triste,—si la noche próxima se detuviera un coche á la puerta de esta casa y alguno os exigiese que entraseis en él con vuestro padre para emprender un largo viaje ¿vacilariais en hacerlo?

—Ya sabéis que os amo, y por lo tanto, aunque fuese para ir á la muerte os seguiría.

La mañana siguiente amaneció nublado y triste. Una apiñada multitud esperaba en la plaza la última carreta con los aristócratas que debian ser ejecutados en la guillotina.

En la carreta iba el marqués de Ventlier que fué el último en ser ejecutado; pero conservaba el espíritu de la antigua nobleza y subió al cadalso dirigiendo una mirada desdeñosa al populacho.

Al acercarse el verdugo, le dijo:

—Cuando yo haya dejado de existir, tened la bondad de leer el papel que os doy, y como hago una declaración contra vos, que os inducirá á no llevarla á su destino, un mensajero de mi confianza habrá presentado ya uno igual en la última casa del camino de Saumur. Dad expresiones de mi parte á los Chevalures, *cuando los veáis.*

Un momento después, caía la cabeza del joven aristócrata, y resonaban, según costumbre los gritos de ¡Viva la República!

Aquella noche, fiel á su promesa, Julia esperó al desconocido; pero éste no se presentó, porque habia salido de Angers para no volver jamás. Dos cartas que tiene sobre sus rodillas han desvanecido su encanto para siempre; la una decia así:

«La mano de un muerto os ha revelado que sufro una enfermedad *hereditaria*; yo no podia deciroslo, para no exponerme á vuestro desprecio. ¡Adiós!»

La otra carta decia:

«Encantadora Julia, me condenan á muerte; pero antes de abandonar esta vida, debo confesaros mi falta; mi enfermedad *hereditaria* consiste en que mi oficio pasa forzosamente de padres á hijos.

¡Soy el *Ejecutor público!*»



Poeta-Rey

¿Coronado Campoamor?
á fe que es gran bizzarria,
de darle un trono, seria
el cáliz de alguna flor.
Para él, perfume y color.
Son los cármenes sus alas;
y lleva, luciendo galas,
de la glorieta á la fuente,
la frágil y transparente
filigrana de sus alas.

¿Qué sabe de cetro ó ley
el amado de las flores?
¿Firmará versos de amores
la austera pluma del rey?
Ese de la áulica grey
delicias mil atesora,
filósofo que se enflora,
trovador, chulo y magnate,
tiene algo del viejo abate
su fabla murmuradora.

A una chica alegre y fresca
tal corona hacer le toca,
llevando el zumo en la boca,
de su canción picaresca;
una corona arabesca
de olientos ramos espesos,
hecha por labios traviosos
con rosas entretejidas:
rosas ardientes, nacidas
en el rosal de los besos.

Que esa chica, cuando suba,
lleve al trono labios rojos,
y prendidos en sus ojos,
luminosos granos de uva.
Muestre su pecho que incuba
dulce y rítmica parvada;
como una endrina cascada,
caigan sus rizos sedños,
y entre los labios risueños
sangre la roja granada.

Y que el Rey tenga una corte,
do en labios que son claveles
sus rimas sorban las mieles:
morenas de regio porte
y palideces del Norte...
Vuelen canciones, á guisa
de mariposas; de prisa,
corran las ninfas á verías,
regando sartas de perlas
en explosiones de risa.

Tal sea. Jovial mansión,
de Apolo el regio estandarte,
todos los fieles del Arte
elevando su oración;
el son de la lira, el son
del aplauso que la anima;
la luz dorando la cima,
muy lejos de allí el Encono...
¡Así mandará en su trono
el viejo rey de la Rima!

SANTIAGO ARGUELLES



1915

Una máquina parlante

El doctor Marage ha dado á conocer un aparato para la producción de las vocales, que bien podría ser el punto de partida para muchas é importantísimas aplicaciones. Trátase, como no es menester decir, de una de aquellas *máquinas parlantes* que tanto

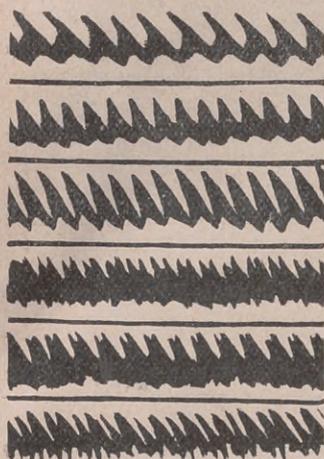


Fig. 1, 2, 3, 4, 5, 6.—Llamas analíticas, de gas acetileno, de la formación de las vocales I, U francesa, U española, E, O y A.

apasionaron en otro tiempo á los sabios, empeñados en dotar del habla á los *autómatas*, y que desaparecieron por completo de la escena con la invención del fonógrafo, más no por eso es menos digno de atención el aparato á que nos referimos, basado en las más rigurosas reglas matemáticas.

Todo aparato destinado al exámen de los sonidos se compone esencialmente de una membrana muy tensa, colocada al extremo de una

embocadura, hácese vibrar el aire sobre una de las caras de la membrana, por medio del sonido, y se aplica á la cara opuesta un sistema registrador cualquiera, por lo general, una aguja muy larga, sujeta á la membrana y que oscila con ella; por delante de la aguja se hace pasar una tira de papel sobre la cual inscribe la punta de dicha aguja la curva de los movimientos, pudiendo en consecuencia seguirse la forma y disposición de las vibraciones producidas.

El aparato construido por el doctor Marage se distingue de los anteriores por su extremada simplificación, que es precisamente lo que le presta todo su valor. Solo hay en él los elementos absolutamente indispensables; y en su consecuencia, quedan suprimidos las embocaduras y los tubos conductores de los sonidos, pues resultaba que las vibraciones se producían *contra* la misma membrana. Esta es de caucho, muy distendida, por poseer esta sustancia la propiedad de no modificar en nada la voz, pero la principal innovación imaginada por el doctor Marage se refiere al aparato registrador; nada de agujas; el autor hace llegar hasta la segunda cara de la membrana una corriente de acetileno á presión constante; el gas escapa por un tubo en cuya extremidad queda convertido en llama. Hágase vibrar la membrana, bajo la influencia de un sonido cualquiera, y la presión del acetileno variará según sean las vibraciones y la llama cambiará de intensidad. Las imágenes sucesivas de la llama impresionan una tira de papel

sensible y así se obtienen una serie de fotografías que proporcionan datos gráficos sobre la formación de los sonidos emitidos, resultando lo siguiente:

Las vocales *I*, *U* francesa y *U* española están formadas por una serie de vibraciones de intensidades y separación diferentes, pero regularmente espaciadas (figuras 1, 2 y 3), de manera que puede decirse que existen para esas vocales una serie de vibraciones continuas y casi semejantes.

Respecto á la *E* y la *O* también son regulares las vibraciones, pero cada una está formada de *dos oscilaciones* (figuras 4 y 5) y las de la *A* por tres (fig. 6).

La completa limpieza y la claridad de los trazados con el gas acetileno, tan superiores á los que proporcionaban las antiguas agujas, permitieron al doctor Marage la construcción del aparato de síntesis de las vocales á que nos referimos.

Correspondiendo las vibraciones y oscilaciones de la membrana á los rapidísimos movimientos que hace la laringe para la pronunciación de las vocales, bastaba para reproducir éstas contruir un aparato que permitiese repetir las mismas vibraciones, por el mismo orden. Con este objeto estableció una sirena compuesta de un platillo fijo provisto de un orificio triangular y de otro platillo móvil con el número de hendiduras indicado por los experimentos de análisis (figuras 7, 8, 9, 10, 11). En cuanto se pone el

aparato en movimiento insuflando aire en las sirenas y haciendo girar los platillos por un aparato de transmisión cualquiera, se ve que los sonidos corresponden perfectamente á lo previsto, y consisten en una *A*, una *E*, una *I*, etc.

Pero no basta la reproducción de las vocales;

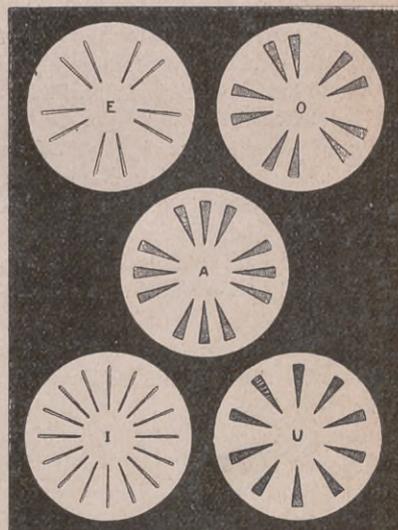


Fig. 7, 8, 9, 10, 11.—Platillos móviles que dan las diferentes vocales

si la laringe es la que produce los sonidos, también los carrillos ejercen acción sobre la voz, determinando las armónicas que la caracterizan, y no solo los carrillos sino otros elementos. Auxiliado, pues, por el doctor Roussel, ha hecho sacar el molde, en *stems*, del interior de la boca de algunas personas en el momento de pronunciar las diferentes vo-

cales. Aplica luego esas bocas de yeso sobre las sirenas que corresponden á los mismos sonidos y hace funcionar el aparato, con lo cual el sonido resulta más resonante y más claro.

El doctor Marage se propone modificar las sirenas de los vapores al objeto de que emitan sonidos de vocales, como primer paso hacia la constitución de un alfabeto internacional. Con este procedimiento se podrían crear también cornetes acústicos en beneficio de las personas duras de oído, ya que no modificarían las agrupaciones de las oscilaciones para cuya recepción ha sido construido el aparato auditivo.

Otras aplicaciones médicas puede recibir el aparato, pero su explicación nos llevaría demasiado lejos. Basta con lo dicho para que se comprenda la utilidad que puede reportar el ingenioso aparato del doctor Marage.

Como se ve la idea de *hacer hablar* á las cosas

inanimadas, como si no hubiera bastantes habladores de carne y hueso hace su camino, y quien sabe

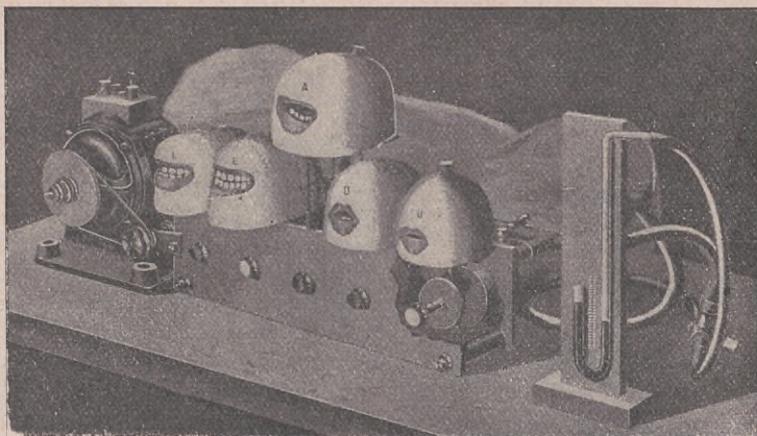


Fig. 12. —Aparatos de síntesis de las vocales

si dentro de algunos años no podremos sustituir á nuestros Romeros, San Pedros y demás con esa clase de aparatos. Sería igual, y menos costoso, pues se ahorrarian por lo menos los azucarillos.

Los progresos de la Electricidad en la Exposición de París

Todos convienen en que la grande Exposición de París ha carecido de lo que se llama un *clou*, un atractivo sobresaliente, pero si ha faltado esta vez una torre Eiffel, una Galeria de Máquinas, una inmensa eúpula, etc., en cambio se han podido admirar verdaderos prodigios científicos, especialmente en electricidad.

Citaremos en primer lugar el *Horno eléctrico*; allí se producían calores enormísimos con solo encender raspadoras de aluminio. El oxígeno, al maridarse de nuevo con el metal, desarrollaba toda la cantidad de calor que la electricidad había robado al óxido en la reducción electro-química. La reacción era tan viva que el cromo cerría como agua al vaciarse el crisol en que se había producido. Poniase una pulgarada de raspaduras en un crisol (que podía tenerse en la mano), y á algunos milímetros de los dedos reinaba una temperatura de 3 á 4000 grados.

Habia luego el *Telégrafo múltiple* de Mercadier, que se deja atrás, hasta perderse de vista, al famoso *cuadruple* de Edison. Las corrientes emitidas por el manipulador son transmitidas á un hilo único de línea por medio de un diapason. Recibidas por una membrana metálica que vibra sincronicamente con el diapason, producen largas y breves, que, como es sabido, son los elementos de las señales Morse. El tiempo necesario para la trasmisión de la corriente es tan corto que poniéndose en vibración 24 diapasones y 24 placas conjugadas, son lanzadas al hilo 24 corrientes diferentes, las cuales llegan al receptor sin el menor error ó confusión.

La *Telegrafía sin hilos*, ensayada con tan feliz éxito en diversas partes, ha sido simplificada por el sabio ruso Popoff, de Cronstadt. Sabido es que la base de la telegrafía sin hilos es el tubo radioconductor de Branly. Para destruir la conductibilidad es necesario su choque, y, por lo tanto, se requiere un relai eléctrico para que la succidida se produzca automáticamente; pero resulta que si la onda eléctrica emitida es bastante débil y obra sobre una masa bastante grande de limadura, las radio-conductibilidad desaparece por sí misma.

En semejante caso será suficiente un aparato telefónico para oír las emisiones y distinguir en el oído las señales Morse. El puesto transmisor emplea el carrete y los osciladores, sin que se haya introducido ningún cambio.

Señalemos también los nuevos usos del carrete de Rhumkorff: M. Ducretet ha establecido aparatos que tienen 80 centímetros de longitud y dan, en algunos acumuladores, una chispa de 80 centímetros, sumamente ruidosa, pero con un sonido musical. Las lámparas calorígenas de Parvilée, con las cuales se obtiene, á muy barato precio una temperatura uniforme, son otra novedad; en dicho sistema un caballo de vapor produce el calórico necesario para vaporizar 30 litros de agua en una hora; si se hace actuar la corriente engendrada sobre un kilogramo de materia no combustible empleada por Parvilée puede ser, sin inconveniente, llevado á la incandescencia al aire libre. Esta materia, extraordinariamente plástica, puede recibir la forma de placa, lápiz, hilos ó barras.

Curiosos experimentos sobre las corrientes alternas de alta tensión

Si se enlaza una lámpara de grueso filamento á los tornillos del círculo secundario del carrete de inducción, el espacio vacío y las paredes de la ampolla aparecerán iluminados con fulgores fosforescentes que irán aumentando hasta que sea más elevada la frecuencia, haciéndose de cada vez más oscuro el filamento, al paso que las extremidades de los hilos de entrada permanecen incandescentes, lo cual demuestra que la energía de la descarga pasa de cada vez más al espacio vacío.

Se puede iluminar un tubo de Geissler ó Crookes, es decir, un tubo de aire rarificado, en un espacio limitado por dos placas metálicas paralelas en comunicación con el círculo secundario del carrete de inducción. Así se obtiene una lámpara sin conductor cuyo rendimiento es mejor que el de las lámparas ordinarias, aunque su efecto luminoso sea algo débil.

Uno de los experimentos es el siguiente: enciéndese una lámpara de incandescencia, reunida al hilo secundario del carrete de Tesla por la intermediación de los cuerpos de dos experimentadores. Semejante corriente alterna sería formidable bajo frecuencias medias, pero se explica su inocuidad

bajo corrientes de alta frecuencia porque en este caso dichas corrientes no pasan por el interior de los conductores sino únicamente por su superficie. Un

tubo conduce tan perfectamente esas corrientes como un conductor lleno. La acción queda localizada á la piel cuyas terminaciones nerviosas son incapaces probablemente de vibrar al unisono de unas ondas tan rápidas.

Las corrientes alternas ofrecen también otras singulares propiedades engendrando en el medio ambiente ondas que se transmiten á la manera de las ondas luminosas. El ilustre físico inglés

Faraday sospechaba ya en su tiempo que la acción de un carrete de inducción sobre un carrete inducido se propaga á través del medio ambiente y que la energía transportada de uno á otro círculo tiene por vehículo las moléculas de dicho medio.

La energía de esas ondas eléctricas se hace curiosamente visible por ciertas propiedades, y puede demostrarse experimentalmente, que rechazan los conductores

que las absorben. Hé ahí, en nuestro grabado un carrete de núcleo de alambres de hierro recorrido por la corriente de un alternador: el anillo de cobre puesto encima del carrete es rechazado.



UN EXPERIMENTO SOBRE LAS CORRIENTES ALTERNAS DE ALTA TENSIÓN

Medición del poder de la voluntad

El profesor Elmor Gates acaba de inventar un instrumento para comprobar el poder de la voluntad de una persona. Lo único que tiene de malo es el nombre: *miergestesiómetro*.

El experimentador coge el manubrio y tira de una cuerda arrollada en una polea; hay que decir ahora que en virtud del mecanismo el tirón requiere una cantidad uniforme de energía en la total longitud de la moción. Gradualmente, y sin que lo advierta el sujeto, el instrumento está constituido de manera

que se mueve por ejemplo $\frac{1}{50}$ más difícilmente, hasta que la energía diferencial entre la dificultad primitiva y la dificultad máxima se hagan perceptibles.

Cuanto más practica un individuo este instrumento mayor se hace la capacidad de su mente para apreciar el sentido de la energía muscular. El profesor Sates se propone con ello hacer que las funciones intelectuales respondan más vivamente que no por los ordinarios procesos del ejercicio. Dicho profesor es uno de los más eminentes psicólogos de América.

Los medios de transporte á través de los siglos

Como tantas otras industrias, la cocheril tiene su origen en los más remotos tiempos.

Homero describe ya un coche cuyas ruedas, de ocho radios de bronce, estaban fijas en las dos extremidades de un eje de hierro. Al extremo de la lanza estaba el yugo, parte transversa de madera que se ajustaba por una clavija al extremo agujereado de la lanza, á la cual estaba sujeta más sólidamente por medio de correas.

A ambos extremos del yugo habia unas anillas para dejar pasar los rendajes.

Los coches de los griegos y rumanos ofrecian formas muy variadas y eran arrastrados por caballos ó mulas; por lo general eran descubiertos y estaban adornados con gran riqueza.

Además de los carros de transporte tenian los antiguos los carros de guerra, especialmente los persas, asirios y medos. Esos carros eran unos vehículos ligeros, muchas veces guardados de hoces y hacian el oficio de la actual caballería, ya fuese para dañar á los grupos enemigos, ya simplemente para transportar á lo más recio del combate



TRINEO DEL SIGLO XVI EN EL MUSEO DE STUTTGARD

á la flor y nata de los guerreros. Los egipcios, cartagineses, galos y aun griegos (estos en la época de la guerra de Troya) tenian también carros de guerra.

En la Edad Media veremos en Europa pesados carromatos, por lo general de ruedas llenas, arrastrados por bueyes ó caballos. Esos carruajes carecian de resortes, y la caja estaba colocada directamente sobre los bayartes y los ejes.

A comienzos del siglo xv tratóse de hacer menos rudo el traqueteo del carromato suspendiéndolo sobre el eje por medio de cuerdas ó correas, de donde el nombre de «carro bamboleante». Generalmente iban en ellos las damas de distinción.

A este primer perfeccionamiento sucedieron otros. En lugar de ser semi-circular y estar sostenida por

aros, como antes, la cubierta fué plana y cuadrada, y recibió como sostenes columnitas de madera. Al mismo tiempo la caja tomó la forma de un gran cofre, al que se subía por una escalerita de hierro y la parte superior, abierta por todos lados, quedó cerrada por medio de cortinas de tela ó de cuero. El nuevo vehículo recibió el nombre de *carroza* (del italiano) de *coche* y del latín *concha*, igual en castellano.

Estas carrozas ó coches fueron al principio muy raras. La primera que se vió en París fué la de Diana de Poitiers. En 1550 no habia allí más que tres coches.

En una de esas carrozas fué asesinado Enrique IV por el fraile Ravailac.

En 1660 unos inventores cuyo nombre es desconocido imaginaron la suspensión por medio de resortes. En breve llegó á ser prodigioso el lujo de las carrozas de gala. La caja es enorme, muy alta, y asaz separada de los pares de ruedas delanteras y traseras. Pueden verse algunos ejemplares en las caballerizas de Palacio.

En el siglo xvii imagináronse las *medias carrozas* ó *cupés*, las *calesas*, *cabriolés*, *faetones*, *berlinas*, después los carruajes de alquiler, —*simones*,— y por fin los *omnibus*. En el siglo pasado hemos tenido los *chars-a-bancs* (carabanés), *centrales*, *ripperts*, tranvías de sangre y eléctricos, bicicletas y automóviles.

En los países del Norte los coches están reemplazados por los trineos; son estos unos coches sin ruedas que deslizan sobre dos largos patines recurvados.

El trineo del esquimal ó del lapón es de todo punto primitivo, reduciéndose á algunas tablas mal encajadas. No hay, sin embargo, carruaje en que se haya prodigado mayor lujo, en Suecia, Alemania y aun en Francia.

Nuestro grabado reproduce un bonito trineo, que se conserva en el Museo de Stuttgart. Es obra del siglo xvi y está formado por un centauro de madera armado del arco y lanzando una flecha.

En el Museo de Cluny hay otro que tiene la forma de una salamandra que vomita fuego. Sería muy aplicable á los automóviles, por ahora nada graciosos ni artísticos.

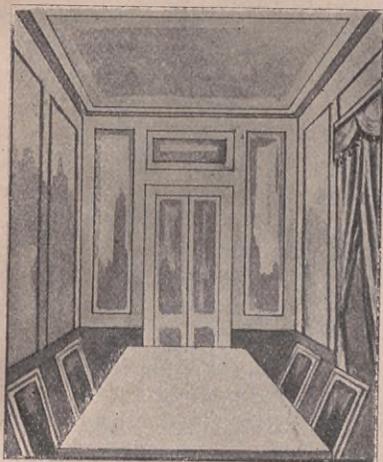
Ecos de la curiosidad

- 1.—¿Por qué no se encuentran en el campo cadáveres de animales?
- 2.—¿Qué es una «Telega»?
- 3.—¿Perjudican las máquinas los intereses de los obreros manuales?

Las contestaciones se enviarán antes dos semanas de insertas las preguntas.

El alumbrado del porvenir

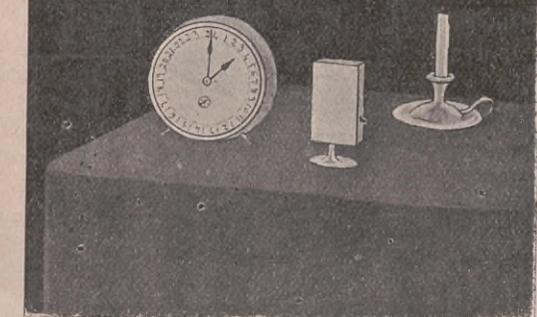
Por doloroso que sea tener que confesarlo es indudable que la ciencia del alumbrado, á pesar de los grandes progresos realizados en el transcurso



1.—ALUMBRADO MOORE POR LA LUZ FRÍA

del *pasado siglo* (llamado de *las luces*) no ha conseguido aun crear el método ideal que consistiría en tener una luz suficiente, barata y segura. La experiencia diaria nos demuestra los peligros de explosión é incendio del petróleo, el gas y el acetileno, además de lo cual dichos

agentes calientan en demasía las habitaciones ó salas cerradas y dejan productos de combustión sumamente perjudiciales. Más higiénica es, sin duda, la iluminación eléctrica, pero tampoco está exenta, como ha demostrado la experiencia, de peligros de incendio, y no solo esto sino que ¡cosa rara! determina en los que están expuestos constantemente á ella debilidad de oído, insomnios, perturbaciones digestivas y aun todos los síntomas, á veces graves, de una *insolación* eléctrica.



2.—ILUMINACION POR FOSFORESCENCIA

una ventaja inmensa desde el momento en que dejaremos de ser tributarios de los Estados Unidos y Rusia y la industria vinícola tendrá un inmenso

campo que explotar. Precisamente con esta mira ha ofrecido el gobierno francés un premio de *cient mil francos* al que invente la mejor lámpara de alcohol para uso doméstico.

Hasta ahora una de las más satisfactorias es la de Engelfred, la cual se compone de una lámpara ordinaria de alcohol con recipiente de cristal provisto de un generador de vapor con una pequeña mariposa encendida. Los vapores del alcohol se inflaman y llevan al rojo candente un manguito de incandescencia. El mechero puede atornillarse en cualquier modelo de las lámparas ordinarias (fig. 4).

¡Quiera Dios llegue pronto, de todas maneras, el día en que el alcohol sea contado entre los artículos de *arder*, pues valdrá infinitamente más quemar ese horrible tóxico que beberlo!

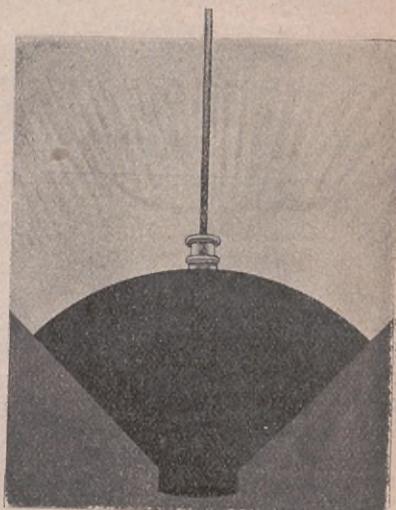
Por ahora, sin embargo, no hay que pensar desgraciadamente en ello, pues la utilización lumínica del espíritu de vino no es más que los $\frac{6}{10}$ de la del petróleo.

Una de las más urgentes aspiraciones de la higiene es la iluminación por reflexión, en vez de la directa, *desideratum* expresado ya por Lavoisier al

recomendar «que se iluminasen los objetos disimulando el lumínar.»

Por fin va haciéndose caso de este excelente consejo, y en muchos establecimientos docentes del extranjero los mecheros de gas y las lámparas eléctricas están colocados en el fondo de una pantalla cónica investida de cristal opalino que hace el oficio de reflector hacia el techo (fig. 3). La iluminación por este método es muy suave y regular, no calienta el cráneo ni fatiga los ojos y está exenta de sombras que estorben.

Más han hecho aun los *yankees*, pues han iluminado la biblioteca de la Universidad de Columbia con una *luna artificial*, consistente en una gorda bola blanca sobre la cual proyectan sus rayos cuatro poderosos reflectores disimulados en la cimbra. Con todo, no basta eso y hay que reforzar aquella poética luz, exactamente igual á la lunar al hallarse el nocturno astro en su lleno, con lámparas de incandes-



3.—ILUMINACION POR REFLEXION

ciencia. La luz ideal, desde el punto de vista higiénico, es la *luz fría* y esta será, á no dudar la del presente siglo.

Todos saben lo que son los *tubos de Geissler*; unos tubos de cristal que contienen un gas muy rarefacto y en el cual la chispa eléctrica del carrete de inducción da fulgores variables según el gas que atraviesan.

Pues bien; el físico americano Mr. Moore ha imaginado utilizar esos tubos, poco menos que simples juguetes hasta el presente, para el alumbrado.

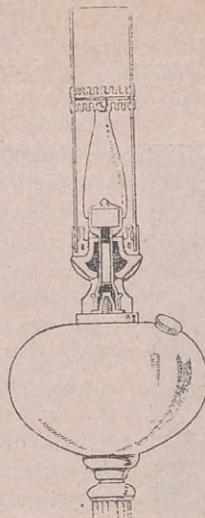
Modificando el interruptor de la bobina de obtenido, valiéndose de gran número de tubos de Geissler, una luz suavísima y asaz intensa para iluminar un vasto salón. (Fig. 1).

Otra *luz fría* es la que procede de la fosforescencia de ciertos minerales; se ha ensayado para hacer luminosos diversos objetos pequeños: relojes de bolsillo, cajas de cerillas, palmatorias, y aun cuadros y muestras. No parece, sin embargo, que deban esperarse grandes resultados.

¿Quién podrá decir ahora, sin meterse á profeta, si acaso la luz de este siglo no será la *luz viviente*?

Ello es que M. Rafael Dubois, eminente catedrático de la Universidad de Lyon, produjo general ad-

miración en la pasada Exposición Universal de París con su *iluminación por fosforescencia*.



4 —LÁMPARA DE ALCÓHOL DE INCANDESCENCIA

En sendos globos de cristal que contenían un caldo de cultivo (agua, 3 por 100 de sal marina y 1 por 100 de asparagina) despedían sus fulgores numerosas colonias de esas fotobacterias que viven sobre los peces y los crustáceos del mar, y cualquiera podía ver la hora en un reloj (fig. 2) á la luz verde azulada, de inefable suavidad, que emitían aquellos globos.

Claro está que hay mucha distancia de semejante luz á la del arco voltaico, pero quien sabe si nuestros microbiólogos no acabarán por excitar la luminosidad de aquellas microscópicas algas!

Si esto se alcanzara bien podríamos decir que la iluminación sería *al natural*.

Una maravilla de la relojería

El *reloj-estación* del relojero-mecánico ruso I. M. Goldfadoff es célebre en todo el imperio moscovita, al que ha dado la vuelta. Tiene la forma de una casita de cobre y bronce, cuya fachada mide 1'10 metros de anchura por 1'10 de elevación, y representa una estación ferroviaria, justa y cabal, con su telégrafo, jefe de estación, taquilla, caja, restaurant, etc.

Delante de la estación se *extiende* un jardinillo, con surtidores, flores y árboles, y rodeando el parte-re la línea férrea, con sus barreras, discos, depósito de agua, casilla del engrasador, etc.

El mecanismo de relojería se halla en la cúpula que corona la estación, dependiendo del mismo una porción de cuadrantes que señalan la hora, la estación, el mes, el día y la fase lunar en diversas capitales del globo. Además acciona un conjunto de rodajes y poleitas que una vez al día ponen en movimiento á toda la estación. Al dar las doce de la mañana entra en juego una palanca y hete ahí á los *telegrafistillos* que se agitan en su oficina y reciben aviso de que está para llegar el tren. Un mozo toca la campana, se oye un silbido y el tren que, pasa por debajo de la estación, entra en agujas. Detiéndose cerca del depósito para hacer agua, y los discos cuya luz roja se ha vuelto verde parecen protegerle.

El jefe de estación sale de su despacho para personarse en la plataforma; el engrasador examina los ejes de los coches; los viajeros se precipitan desde

las salas de espera al andén, pasan por delante de los despachos de distribución de billetes, etcétera, etcétera.

Después de haber tocado el mozo tres veces la campana, pónese de nuevo en marcha el tren, anunciándolo los telegrafistas á la estación próxima; el jefe de estación da la señal con su pito, respóndele la locomotora, y el tren sale de la estación. Los viajeros se asoman á las ventanillas para dar el adiós á los que han ido á despedirles.

Entonces el engrasador se mete de nuevo en su casilla, ciérranse las barreras, un gendarme, de servicio, saluda la efigie del Czar pintada en un reloj de sol, una orquesta invisible toca el himno ruso, el jefe de estación se vuelve á la oficina, y todo queda en paz.

Este reloj maravilloso puede, como se ve, parangonarse con los más famosos relojes mecánicos, tales como el de Berna, en el cual, como es sabido, al dar las doce, salen los cuatro evangelistas, para dar los cuartos, y los doce apóstoles para dar las horas, todos con su correspondiente martillo, ó como el de Padua en el que se veía el curso del sol y los planetas.

Asombra lo que ha adelantado el arte de la relojería desde los tiempos de Ricardo Waligford, abad de San Albano, que vivía en Inglaterra en 1326, y á quien se atribuye el primer reloj, construido sobre principios de mecánica, de que hace mención la historia.

SALPICÓN

GRANDES REGALOS SIN PRECEDENTES

A LOS SUSCRIPTORES

del NUEVO SIGLO

50.000 REALES en metálico
y efectos

en dos sorteos semestrales

Los señores suscriptores de el NUEVO SIGLO tendrán opción, mediante una sencilla combinación de que daremos cuenta oportunamente, á «numerosos y positivos regalos,» por valor de 50,000 REALES, los unos «en metálico» y los otros «en objetos».

La idea de asociar á las grandes ventajas que proporcionará la lectura de el NUEVO SIGLO el atractivo de esos «grandes regalos» es con el único objeto de que el periódico consiga la mayor difusión, en vista de sus fines altamente beneficiosos á la cultura y al progreso de nuestra patria, y se deba conservar la colección.

No se tratará, pues, de engañosas esperanzas, sino de un plan profundamente madurado pudiendo así nuestros suscriptores contar con el elemento instructivo de el NUEVO SIGLO y la posibilidad de ser agraciados con alguna de las valiosas suertes de que constarán los sorteos de cada semestre. Ningún periódico ha hecho jamás lo que va á hacer el NUEVO SIGLO; no tiene precedentes la prima que ofrecemos, pero dispuestos á que nuestro periódico arraigue y se difunda en grande escala no hemos vacilado en ofrecer al público ese excepcional aliciente de sorteos por valor de 50,000 REALES EN METÁLICO Y EN OBJETOS, en la seguridad de que habrá de reconocerse la inmensa ventaja que reportará la suscripción á la publicación que hoy empieza á ver la luz.

Nuestra divisa no es como la de algunos periódicos la de «poco y bueno», sino la de MUCHO Y SUPERIOR.

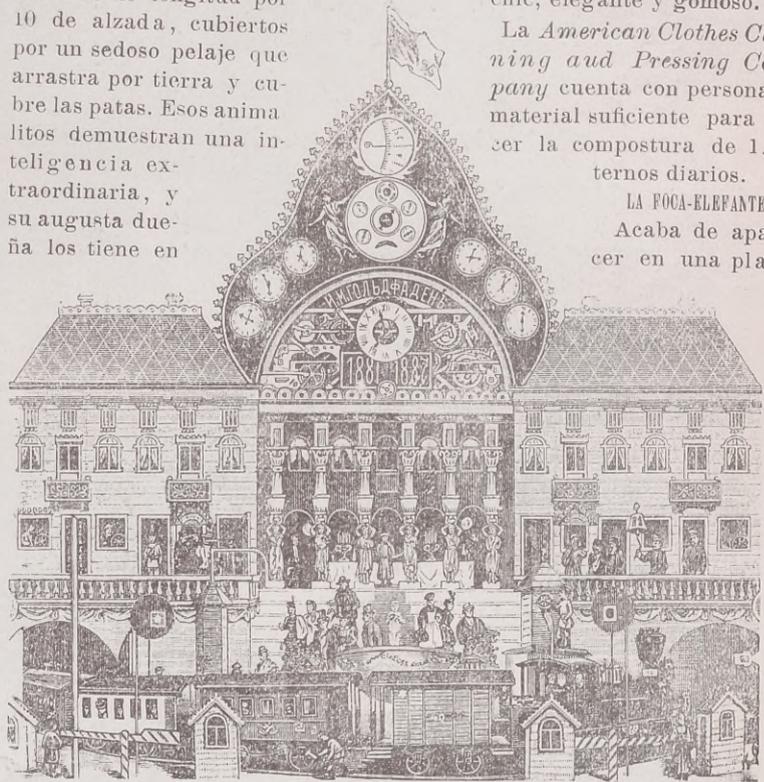
PERRERIAS

La emperatriz de la China posee entre las más preciosas curiosidades que pueden imaginarse una raza de perrillos que miden 25 centímetros de longitud por 10 de alzada, cubiertos por un sedoso pelaje que arrastra por tierra y cubre las patas. Esos animalitos demuestran una inteligencia extraordinaria, y su augusta dueña los tiene en

horas los ternos en más deplorable estado son devueltos limpios, planchados con la plancha eléctrica, ribeteados los ojales y en una palabra convertidos en prendas de lo más chic, elegante y gomoso.

La American Clothes Cleaning and Pressing Company cuenta con personal y material suficiente para hacer la compostura de 1,500 ternos diarios.

LA FOCA-ELEFANTE
Acaba de aparecer en una playa



EL RELOJ RUSO «LA ESTACIÓN»

tanta estima que al abandonar el Palacio de Verano para refugiarse en el interior dejó abandonados muchos objetos de inestimable valor, pero ni uno solo de dichos perros. Los palaciegos tienen prohibido, bajo pena de muerte, *distraer* ninguno.

LA PROVIDENCIA DE LOS CURSIS

Acaba de establecerse en Londres una sucursal de la Gran Compañía Americana de lavado y planchado de ropas. Mediante una cuota de 7 chelines y 6 peniques mensuales, la Compañía se encarga de entretener en buen estado los vestidos de los suscriptores y prestarle un seductor aspecto de frescura. Cada semana pasa por las casas un agente para recoger parte del vestuario y á las veinticuatro

de las islas Falkland, al este de la Patagonia, un animal sumamente raro que lleva el armonioso nombre,—debido á los sabios,—de *Macrorhinus elephantinus*, como si dijéramos *Narizotas elefantino*.

Media 5 metros 70 milímetros de longitud; la trompa 45 centímetros.

JEROGLIFICO



La solución en el próximo número

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE O NO. NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

